

ABEJA ESPAÑOLA.

NUM. 241.

Lunes, 10 de Mayo.

5 qtos.





SOBRE RESTABLECIMIENTO DE REGULARES.

Es muy extraño que se hable y escriba tanto de una materia, sobre la qual las circunstancias mismas en que nos hallamos, dan una regla la mas segura para el caso en cuestion. Con solo estudiarlas un legislador, que no perdiese de vista el designio y objeto que ellas indican, estaba reducido el asunto á muy pocas y sencillas proposiciones. Todo el cuidado debe convertirse á casar las necesidades y conveniencia presente y ulterior de la sociedad con el patrocinio que debe prestarse á esta clase de personas, que baxo el amparo de las leyes que protegian los institutos religiosos, entraron en ellos, y no les queda tampoco otro

recurso para lo sucesivo (aun quando hubiesen resfriado algun tanto el fervor primitivo) para acabar sus dias , privados , como lo estan por su profesion , de todos los que ofrece la sociedad. De modo que seria una injusticia abandonarlos la ley misma que contrató con ellos protegerlos en la posesion del género de vida que se escogieron ; y seria acaso no ménos injusticia contra la sociedad en general mantenerlos en todo su número al ménos , quando la patria reclama todos los ciudadanos , hallándose en el último peligro , y quando la situacion triste de la nacion la empeña en apurar todos los recursos , si se ha de salvar al fin , y conservar despues su independendia. Todas las razones que se han querido tratar para desacreditar las instituciones , para argüirlas de perjudiciales , y aun de irritantes , como ha adelantado últimamente un escritor , que como los mas , ha tratado la materia ais-

ladamente, y fuera de las circunstancias, no hablan de modo alguno con los religiosos que hoy lo son y encontraron la sociedad así establecida, y los claustros respetados de un modo particular por las leyes y la opinion. Los abusos que se han querido tambien traer por prueba para su destruccion, puede ser que á poco que se reflexionase, evidenciáran que mas son de los tiempos que de los hombres; y si se extendiese la vista con ojos imparciales por la sociedad toda, se encontraria en cada una de sus clases, que habia obrado en todas ellas el ayre contagioso que contaminó los claustros.

Como quiera que sea; ni los abusos, ni el número, ni lo mal ó bien montado de los institutos religiosos, son la regla que debia servir de pauta en el caso presente, acumulando asi razones, y buscando motivos de destruccion ó de reforma por todos los caminos, mas bien que aclarar el asunto, y nivelarlo por las

circunstancias, que casi han impuesto una necesidad de tratar de él, se da lugar á que se pueda sospechar por alguno cierta especie de prevencion poco piadosa, y exenta de miras de bien público. Las necesidades de la patria, y su existencia y conservacion deben hacer el fondo de estas contestaciones divergentes, que producen escritos y palabras sin número, apartándose siempre del asunto y de la cuestion. La ley debe, es verdad, ciertas consideraciones á las personas, que en fe de su promesa de sostenerlas, abrazaron el claustro; la clase venerable á que pertenecen no se puede nunca honrar bastantemente por legisladores que han hecho de la religion un principio fundamental: pero, ¿por esto la patria deberia exponer su seguridad, y dexar á merced de un celo y piedad mal entendida la felicidad futura de la nacion? ¡Que! ¿no hay un medio que ligue las obligaciones que se

han contraído por ella con los religiosos, y las que con la masa entera de la sociedad, al rededor de la qual deben girar todas las instituciones para que tengan el carácter de estables y de justas? Tres proposiciones y no mas, pueden llenar á nuestro ver todos los objetos, y suplir por inmensos informes que se escriban sin llenarlos, y por discusiones eternas que vayan y vengan á los abusos y á razones de conveniencia social, oportunas solamente en el caso (en que no estamos) de que se tratase, si se habian de admitir de nuevo ó no religiones en el estado.

Proposicion primera.

Supuesta la necesidad en que circunstancias las mas apuradas han puesto á la patria de defensores, que la salven hoy, y conserven despues, se prohibe dar hábitos y ordenar de nuevo á ningun español.

Proposicion segunda.

Para que esta prohibicion no perjudique al servicio de la religion, escaseando los ministros del culto, se manda que los Obispos y el gobierno destinen con preferencia á los religiosos aptos, para los ministerios eclesiásticos que vayan vacando , ó haya hoy que proveer.

Proposicion tercera.

Los Religiosos fervorosos ó los ancianos que prefieran el claustro, y la clase de vida que se escogieron desde su juventud , sean destinados á ciertas casas que quedarán para solo estas personas, que puedan allí acabar sus dias en paz , y sin faltar ellos á su profesion , ni el gobierno al amparo que les ofreció en ella.

¿ Quien podia quejarse de una disposicion como esta en que la patria queda servida segun toda la

extension de sus miras, los religiosos tambien en sus necesidades, y cada uno á su eleccion en su destino, siempre análogos á sus votos y profesiones, y la religion, en que no se vea defraudada del competente número de ministros para el desempeño de sus funciones? ¿Que es pues lo que resta que proveer aun para el caso en que la Nacion no tuviese despues por conveniente mantener las órdenes religiosas, llenados que sean sus deberes para con los regulares que hoy viven? ¿A que es, pues, escribir tomos enteros, para probar lo que nadie duda, pero que hoy no es del caso, ni conviene á las circunstancias en que la patria exige mas consideraciones que nunca? ¿A que anunciar reformas que dexan en pie las necesidades y conveniencias de la patria, y que por otra parte la situacion política de la nacion hace del todo insubsistentes é ilusorias? ¿A que tantas declamacio-

nes y tantas citas para persuadir lo que todos ven , y dar como reglas de práctica , máximas y axiomas políticos , que al fin tienen que atemperarse á los tiempos y á las circunstancias?

Errata notable.

En el número 239, pág.67, lín 14, dice revolucion: léase: desolacion.

CADIZ IMPRENTA PATRIÓTICA. 1813.

A cargo de D. R. Werges